ALTERIDADES, 1991
1 (2): págs. 53-61

Identidad y estrategias de persistencia cultural entre los cahitas

*ALEJANDRO FIGUEROA VALENZUELA**

Son tantos los elementos comunes entre yaquis y mayos, que sus diferencias pueden pasar inadvertidas para las miradas superficiales —o "distantes"— de algún viajero ocasional o de individuos no indios de la región, poco acostumbrados al trato con ellos. Por ello, podría suponerse que no sólo poseen una misma cultura, sino que se trata de una misma etnia.

No es difícil comprender el motivo de tal confusión. Yaquis y mayos son hablantes de la lengua *cahita* y en la literatura especializada son designados con este nombre,[1] comparten un origen y se han desarrollado, en general, bajo los mismos condicionantes históricos; sus territorios tradicionales son contiguos; sus características físicas y corporales son semejantes; poseen un sustrato mítico-religioso común; sus ritos religiosos y sus diversas ceremonias tienen una simbología similar y se realizan según un patrón común; también pueden constatarse similitudes en sus formas de parentesco y matrimonio, en su cocina, en sus costumbres sexuales, en sus prácticas médicas tradicionales, etc. Además, en un sentido más global, tanto los yaquis como los mayos se autodefinen como *yoremes,* categoría con la que marcan su diferencia con los no indios, los *yoris.*[2]

Hay, sin embargo, un conjunto de diferencias significativas que no se hacen visibles con observaciones fugaces, momentáneas ni huidizas. Pueden destacarse al respecto la existencia de dialectos distintos y de rasgos específicos en su indumentaria; sin embargo las peculiaridades de cada una de estas etnias no sólo remiten a las maneras concretas en que se desarrolla su actividad ritual, o a las variantes en la mitología y muchos otros aspectos de índole cultural.

Existen además diferencias en el carácter, en el ambiente en el que se desenvuelve la vida cotidiana —sea dentro de los hogares o bien en las relaciones comunitarias—, en la forma en que desarrollan sus diversos ceremoniales religiosos, en el trato que dan a los niños, en la manera en que entablan vínculos con fuereños. Aquí el contraste es realmente impresionante, sobre todo cuando uno llega con los yaquis poco después de haber estado entre los mayos, o viceversa. La oposición entre lo apolíneo y lo dionisíaco utilizada por Ruth Benedict es mucho más que una simple metáfora. Son conceptos que describen con gran precisión la solemne austeridad de los yaquis —que con frecuencia raya en el autosacrificio personal y en la hostilidad hacia los extraños—, y la actitud alegre, cordial y relajada de los mayos.

La presencia del nombre propio es igualmente decisiva en la objetivación de sus diferencias y de su calidad de ser entidades sociales particulares. Aunque en ciertos contextos los miembros de cada una de estas etnias se distinguen como yoremes, también lo hacen como yaquis y como mayos. Decir "yaqui" o decir "mayo" es pronunciar las palabras con las que se simboliza tanto el autorreconocimiento como el reconocimiento externo. En el primer caso, la mención del nombre sintetiza y hace recordar, de manera inmediata, las lealtades y el conjunto de símbolos que se perciben como propios y con los que se distinguen de los ajenos. En el segundo, el uso del

* Maestría en Antropología Social, División de Estudios Superiores, Escuela Nacional de Antropología e Historia

nombre propio para designar a estas comunidades implica tácitamente la aceptación de su existencia como entidades distintas. Así, por ejemplo, para las instituciones gubernamentales del Estado mexicano la utilización oficial de los nombres "yaqui" y "mayo" es evidencia de ese reconocimiento que los convierte en entidades que son objeto de políticas particulares, más que en "grupos étnicos" abstractos. El nombre es así la mojonera que objetiva a la comunidad a la que se pertenece, o a la que pertenecen otros; con él se le delimita y se le confiere una realidad en el espacio, en el tiempo y en el conocimiento.

Finalmente, entre los yaquis y los mayos existen disimilitudes en sus modos de integración política y económica a la sociedad nacional, y en las características de propiedad de la tierra. Todo esto contribuye a que sus estrategias de persistencia y de reproducción —como entidades sociales cultural y étnicamente diferenciadas— se hayan conducido, y se conduzcan actualmente, por caminos divergentes.

La problemática que caracteriza el desarrollo actual de estas etnias es también enteramente distinta. Los yaquis han logrado conservar, en propiedad comunal, casi medio millón de hectáreas, un poco menos de lo que había sido su territorio tradicional. Además, los yaquis poseen un sistema de organización que aglutina y hace participar al conjunto de su población. Esto les permite, además de desempeñarse con una gran autonomía política y económica dentro de su territorio, negociar ante diversas instituciones exógenas como un grupo unificado.

Los mayos, en cambio, se caracterizan por una gran dispersión. Han sido despojados de su antiguo territorio, ahora en manos de la población no india. La propiedad comunal, en consecuencia, no existe para el conjunto de los mayos. Aunque hay algunos que poseen tierra como pequeños propietarios, como comuneros o ejidatarios, la abrumadora mayoría se agrupa en un inmenso contingente de trabajadores agrícolas y de servicios. Tampoco poseen formas de organización política o económica que los aglutinen, por lo que se encuentran bajo el control de las instituciones regionales no indias.

En ambos casos, los miembros de estas etnias tienen que enfrentarse a las sociedades nacional y regional que son intolerantes ante las diferencias étnicas y culturales, las que son estigmatizadas como "primitivas". Deben enfrentarse, por ende, a una discriminación que con gran facilidad deja de ser únicamente cultural y se convierte en económica y política. Ante esto, persistir y reproducir las diferencias étnicas y culturales de las entidades sociales a las que se pertenece, requiere de estrategias particulares.

Los mayos, en un proceso iniciado a mediados de este siglo con el despliegue de la modernización agrícola en su región, atraviesan por una serie de cambios que han afectado negativamente muchos aspectos de su cultura tradicional. Por principio, en ciertos aspectos de su vida social y política existe una tendencia hacia la individualización que actúa en contra del sentido comunitario y favorece la dispersión territorial, la falta de unidad política y de organización económica. Pero esto no es todo. Debe destacarse que no sólo la lengua nativa está siendo desplazada por el idioma nacional, el español, paralelamente algunos sectores de individuos hijos de mayos se han separado del núcleo familiar y tratan de integrarse a la sociedad regional como no indios.

La situación de los yaquis es diferente. Su cultura tradicional se ha adaptado a los procesos de modernización regional con modificaciones que, lejos de hacerla peligrar, la han fortalecido. Las características actuales de su persistencia son producto de una elaboración constante, de un trabajo comunitario altamente vigilado y controlado por ellos mismos. De alguna manera saben que descuidarlo afectaría lo que han logrado en cuanto a la posesión de su territorio y al ejercicio de su autonomía política, factores decisivos para su reproducción étnica y cultural.

Pero el hecho de que sobre los mayos penda la amenaza de la desintegración étnica y cultural, no quiere decir que ésta sea necesariamente inevitable. Además de los factores que favorecen tal amenaza, existen otros que actúan en contra de ella. Esto es, los miembros de esta etnia se reconocen y se dan a conocer como tales gracias a la presencia de ciertas prácticas con las que se reproduce el sentido actual de ser mayo. En consecuencia, el significado de ser mayo se ha modificado. La definición de lo mayo, ya sea desde fuera o desde adentro de la etnia, se basa en aspectos distintos de los utilizados hace unas cuantas décadas. El criterio lingüístico, sólo por exponer un ejemplo, resulta del todo insuficiente, pues hay individuos monolingües del castellano que pueden considerarse a sí mismos y ser considerados por otros como miembros de esta etnia.

También el significado de ser yaqui se ha transformado. Los miembros de esta etnia son más tradicionalistas que los mayos en el sentido de que defienden a ultranza la permanencia del conjunto de sus manifestaciones culturales *tal y como siempre han sido*. Pero esto, en cierto modo, no es sino la forma en que los yaquis se perciben a sí mismos. Al respecto, traer a colación a los yaquis precortesianos, cuando el modo de vida y la cultura eran muy distintos a los actuales, no es el mejor ejemplo por ser tan remoto. Para comprender la magnitud de estos cambios es suficiente comparar a los yaquis de las primeras tres o cuatro décadas de este siglo con los yaquis de hoy.

En estos últimos sobresalen aspectos como la predominancia de transacciones monetarias y de actividades productivas que ya no se dirigen al autoconsumo sino al mercado; también hay cambios en la indumentaria—sobre todo en la masculina—; igualmente han aparecido nuevos patrones de consumo; la utilización de una tecnología agrícola, doméstica y de transporte semejante a la usada por los *yoris* es otro aspecto novedoso. De la misma manera, participan como muchos otros sectores no indios del país de una cultura masiva, que se manifiesta en el consumo de los productos de la industria cultural manejada por los diversos medios de comunicación nacionales —y esto afecta incluso el desempeño de sus prácticas rituales tradicionales, como se hace evidente con la intrusión ocasional de personajes televisivos en sus máscaras rituales—. Otra evidencia del cambio es la participación creciente de muchos sectores de yaquis en la educación primaria, media y superior, aspecto que, entre otras cosas, muestra la comunión con una ideología nacional para la cual el progreso está unido a la educación escolarizada. Los anteriores son, entre muchos otros, ejemplos de algunos de los elementos con los que se ha sustituido un viejo modo de vida y que ahora se han integrado a la cultura yaqui. Ejemplifican asimismo que lo que ahora los yaquis conciben y defienden como una tradición cultural inamovible ha sufrido transformaciones importantes.

Aunque el caso de los yaquis es menos dramático que el de los mayos, debido a que los cambio ocurridos en las últimas décadas no han afectado su integración étnica, ambos han tenido que modificar aspectos importantes en sus tradiciones, en su cultura y en su identidad. Persistencia no significa así inmutabilidad sino transformaciones constantes en relación con el contexto social. El sentido de ser yaqui o de ser mayo se ha transformado pero no ha desaparecido. Ambos, a partir de una filiación cultural común, han elaborado las particularidades por medio de las cuales, en principio, pueden distinguirse objetiva y subjetivamente, como miembros de dos entidades étnicas distintas. A lo largo de su historia han interactuado en un mismo ambiente físico y social, se han enfrentado con agentes externos, y de ellos han recibido el mismo tipo de presiones tendentes a la apropiación de sus tierras, al control político y económico, a la asimilación y al exterminio. Y aunque tanto los yaquis como los mayos han resistido hasta ahora tales embates, su manera de responder ha sido tan distinta como el tipo de sociedad que han creado los miembros de cada una de sus etnias.

Los yaquis y los mayos se autodenominan *yoremes*. Con este nombre no solamente expresan la percepción de sus diferencias con respecto a la población no india —los *yoris*—, sino la consciencia de que ambos poseen fuertes similitudes. El yoreme es el *hombre,* en sentido genérico, y el yori es el extranjero, cualquier persona que no sea yaqui o mayo.

Yaquis y mayos reconocen un fuerte grado de hermandad cultural. Al utilizar la categoría de yoremes para definirse, están postulando un origen común y la posesión de una gran cantidad de semejanzas compartidas sólo por ellos: lengua, religión, ceremonias, costumbres, etc. La percepción de sus similitudes ha posibilitado que se genere un fuerte sentimiento de solidaridad, sobre todo ante la presencia de quienes no son yoremes. Lo anterior, sin embargo, no significa que no perciban sus diferencias objetivas. Tal percepción les ha permitido la construcción de los límites o fronteras de sus respectivos sistemas de identidad. Sus diferencias son así las mojoneras a partir de las cuales emergen cuestiones de carácter subjetivo como la autodefinición y los juicios de valor que acompañan a tal autodefinición. Si bien en un sentido genérico ambos se autodefinen como yoremes, también lo hacen como yaquis o como mayos. Se es yoreme frente a los yoris. pero se es mayo frente a los yaquis y, en consecuencia, se es yaqui frente a los mayos. En este nivel, ya no son yoremes, en general, sino yaquis o mayos en particular. Como tales, los miembros de cada una de estas dos sociedades se juzgan a sí mismos y juzgan a los otros con base en la presencia o carencia de los símbolos que los identifican como yaquis o como mayos. Aparece así una forma de etnocentrismo: lo que para unos son virtudes, para los otros son defectos. Con base en esto se establecen juicios de valor mediante los cuales se manifiesta poca tolerancia con respecto a la manera de ser y comportarse, sobre todo cuando hay contigüidad geográfica. Así por ejemplo, para un sector significativo de los mayos de Sonora, la relación con los yaquis es contradictoria, pues por un lado son respetados y de alguna manera resultan un modelo a imitar en cuanto a la autonomía de su organización política y porque han sabido conservar una buena parte de su territorio; por otro lado, los yaquis, debido a diferencias de comportamiento, son vistos como orgullosos, poco amigables, egoístas, etc. Los yaquis, por su parte, estiman que los mayos son *yorileros* por ser demasiado amigables con los blancos, quienes los engañan con facilidad. Asimismo, los consideran poco respetuosos de las prácticas religiosas, de las costumbres y de la tradición que comparten.

Los yaquis se definen como tales a partir del nacimiento.[3] Esto, aunque es condición necesaria, no es suficiente. Para ser yaqui, también es necesario que los individuos se autodefinan como yaquis, pero tampoco esto es condición suficiente. Ser yaqui

significa, entre otras cosas, comportarse como lo hacen los yaquis, esto es, creer, sentir y actuar como yaquis y sobre todo, ser definido como yaqui. Esta definición por otros, aunque puede ser hecha por no yaquis, es preciso que también sea hecha por yaquis. Los yaquis conforman un grupo étnico que, de acuerdo a la terminología de Banton (1983), es del tipo "excluyente", debido a que tiene privilegios altos y fronteras fuertes. Esto significa que el ser yaqui implica una forma de adscripción que no se define individualmente, pues se debe contar con la aceptación del resto de los miembros.

Aun cuando la herencia biológica no establece un criterio para marcar la identidad, el nacer dentro de una familia yaqui es el primer requisito para que se generen el autorreconocimiento, el heterorreconocimiento y la participación en el sistema de creencias y prácticas por medio de las cuales se alcanza una identidad yaqui. La familia es así lo que Isaacs (1967) denomina "grupo básico de identidad". Dentro de ella los niños aprenden las costumbres, las prácticas, el idioma, e internalizan el sistema de valores yaquis, establecido principalmente en relación con el significado que se otorga al territorio, a la historia, a la lengua, a la cosmovisión y a las prácticas religiosas. Estos son, entre otros, los principales elementos elaborados simbólicamente en la constitución del sistema de identidad yaqui. Su aceptación repercute directamente en la participación en un conjunto de prácticas semejantes para todos los yaquis y son los elementos que generan entre ellos un alto grado de cohesión social y de solidaridad.

Los yaquis poseen, de acuerdo con la denominación de Spicer.[4] un sistema de identidad persistente. Pero tal persistencia no puede explicarse, desde mi punto de vista, solamente con base en los elementos con los cuales Spicer la ha definido. Al sobrenfatizar las percepciones y la subjetividad queda indeterminada la influencia del contexto objetivo de relaciones y de organización que puede afectar las percepciones. Para complementar el esquema de Spicer es preciso destacar que las características objetivas en las que se desarrolla la etnia yaqui influyen en la manera en que valora los elementos que integran su sistema de identidad. En consecuencia, y de acuerdo con Spicer, es correcto señalar que su sistema de identidad es y ha sido un mecanismo que les ha permitido diferenciarse y organizar y acumular sus experiencias históricas. Así, lo importante para los yaquis, lo que destaca, no son los hechos o acontecimientos tal y como ocurrieron realmente; lo que ellos cuentan y conservan en su memoria es el sentido de sus luchas por conservar su tierra y su autonomía, su rencor hacia el yori que ha tratado de despojarlos, la continuidad de sus ceremonias religiosas, aun en los tiempos más críticos de sus guerras, sus facultades para haberse mantenido distintos e independientes.

Es cierto, también, que los yaquis desde el momento de nacer se involucran afectivamente con los elementos que sus padres y las personas que los rodean tienen en alta estima. El amor por su tierra y por su río, el conocimiento exacto de los límites territoriales, las creencias, las mandas o promesas a los santos, la veneración y respeto con que se conducen en sus rituales, etc., los dotan de un sentido de pertenencia y de estar en un mundo propio, que adquieren desde la primera infancia, y que se refuerza constantemente a lo largo de su vida.

Finalmente, además Spicer acierta cuando señala que la persistencia de su sistema de identidad no puede explicarse sin tomar en cuenta la importancia crucial de los procesos de oposición —la lucha secular de los yaquis en contra de los yoris—. En la conservación, creación y recreación de los símbolos de su identidad está presente la imagen que tienen del yori, el "otro" que ha pretendido asimilarlos, despojarlos o exterminarlos y de quien más interesa diferenciarse.

Sin embargo, hay que tomar en consideración que en la actualidad los yaquis obtienen beneficios por mantener su unidad étnica. En el contexto social y económico regional, ser yaqui implica tener acceso a los recursos —codiciados por otros— de un territorio en el que poseen gran autonomía. Así, la alta estima que otorgan a sus símbolos de identidad no puede desligarse de que su mantenimiento repercute favorablemente en sus condiciones de vida. Es en este aspecto, precisamente, donde me parece que las actuales condiciones objetivas de la etnia yaqui influencian su percepción de sí mismos y posibilitan la valoración positiva hacia los referentes de su sistema de identidad.

Los yaquis han logrado dar a su etnia una forma de organización grupal que regula tanto las relaciones al exterior como el comportamiento de sus miembros. Esta organización puede, y lo ha hecho en algunos casos, despojar a algunos yaquis de su calidad de tales cuando no cumplen con sus obligaciones. El mantenimiento y la persistencia de si sistema de identidad no pueden ser explicados cabalmente si, además de los aspectos señalados por Spicer, no se recurre a esta regulación interna. Para que un individuo sea definido por otros yaquis como uno de ellos, es preciso que haya participado en alguno de los roles establecidos o en las actividades del sistema de cargos. La amenaza de despojo territorial todavía es sentida por los yaquis, pues son objeto de constantes invasiones de ganaderos y de campesinos sin tierra, todos yoris, además de que

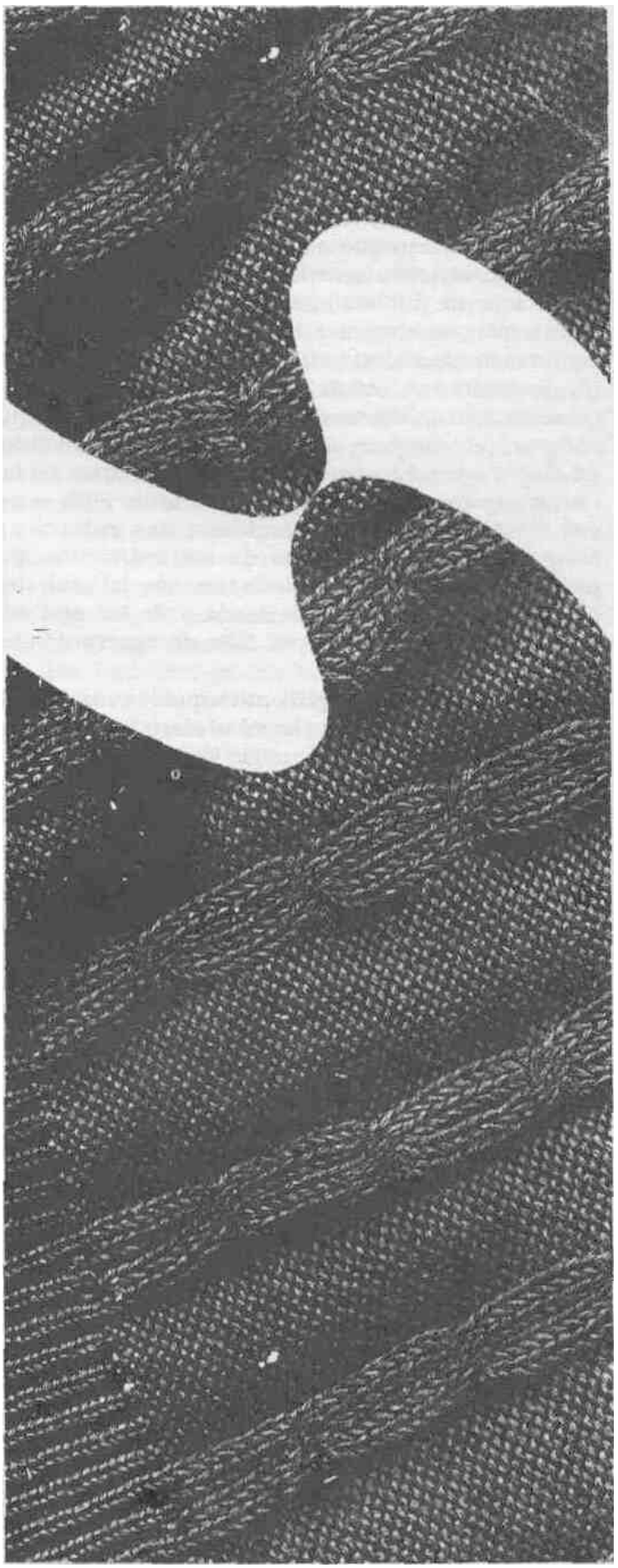
todavía existe indefinición en sus linderos. Asimismo, de su autonomía política depende el manejo de sus recursos. Conscientes del riesgo de perder estos dos preciados bienes si no existiera participación colectiva, los yaquis la refuerzan. Esto lo hacen al castigar —con la pérdida de derechos sobre el usufructo de la tierra o negando el permiso para que desarrollen alguna actividad productiva utilizando recursos comunales— a quienes se niegan, sin motivo justificado, a participar en los cargos y actividades políticas o religiosas.

El ejemplo anterior demuestra que el interés colectivo coexiste con el interés individual para el mantenimiento del sistema tradicional de cargos. Este interés se concreta con la participación de todos los miembros del grupo yaqui en las diversas ceremonias políticas y religiosas que involucran a la colectividad. En ellas están presentes las creencias y la visión que tienen del mundo, los símbolos políticos y religiosos, la música, las danzas, la cocina, las reglas de comportamiento, y en fin, el conjunto de símbolos que definen el sistema de identidad de los yaquis. Es lo que los niños aprenden desde pequeños, pues asisten a las diversas ceremonias desde recién nacidos, ya sea acompañando a sus padres o bien porque deben "pagar una manda" que fue prometida desde antes de su llegada al mundo. El involucramiento afectivo de los yaquis con el conjunto de símbolos de su sistema de identidad no se da sólo por el temor al castigo, ni se explica únicamente por los procesos de oposición, pues ambos aspectos se condicionan de manera recíproca.

De acuerdo con las proposiciones de Horowitz (1975), en el caso de los yaquis existen muy pocas posibilidades para el cambio de identidad. Y en efecto, los yaquis que viven dentro de su territorio tradicional muestran nulo interés por dejar de ser yaquis, por ocultar su identidad o por transformar o abandonar los rasgos con los que simbólicamente se distinguen de los mayos o de los yoris de acuerdo con patrones exógenos.

Los mayos han persistido y su población actual es tal vez la más numerosa de las etnias indias del noroeste de México.[5] Pero hoy en día, sin territorio propio, con una gran dispersión territorial, sin un control autónomo ni centralizado de su vida política, y sujetos a una dinámica de fuerte discriminación étnico-cultural que repercute en su vida económica, los mayos deben enfrentarse a un medio desfavorable no sólo para asegurar su sobrevivencia cultural, sino, principalmente, para solventar su supervivencia biológica.

Estos son los condicionantes objetivos, el contexto en el que se generan los estímulos que afectan la manera en que los mayos se perciben a sí mismos y



a los otros con quienes interactúan. El conjunto de creencias comunes que se cristalizan en símbolos de identidad colectiva, en el caso de los mayos, es influido por este contexto. Así, muchos de los elementos que hasta hace poco eran apreciados como símbolos de identidad y que eran motivo de fuertes lazos afectivos, son ahora objeto de una valoración negativa. En consecuencia, aunque la etnia mayo ha sobrevivido, y aunque no está presente la amenaza de su desaparición inmediata como entidad cultural y étnicamente diferenciada de la población no india de la región, existe una tendencia marcada hacia los cambios de identidad individual. Pero esta tendencia no afecta al conjunto de la población mayo. Se hace presente sólo en algunos sectores que han tenido que emigrar, por diversos motivos, de sus comunidades de origen y establecerse de manera definitiva en las ciudades cercanas a la región; allí, tanto ellos como sus hijos terminan asimilándose a una cultura urbana no india. Es el caso de los individuos que pudieron adquirir un adiestramiento laboral mediante la educación escolarizada y de los que son expulsados en la región por falta de oportunidades de trabajo.

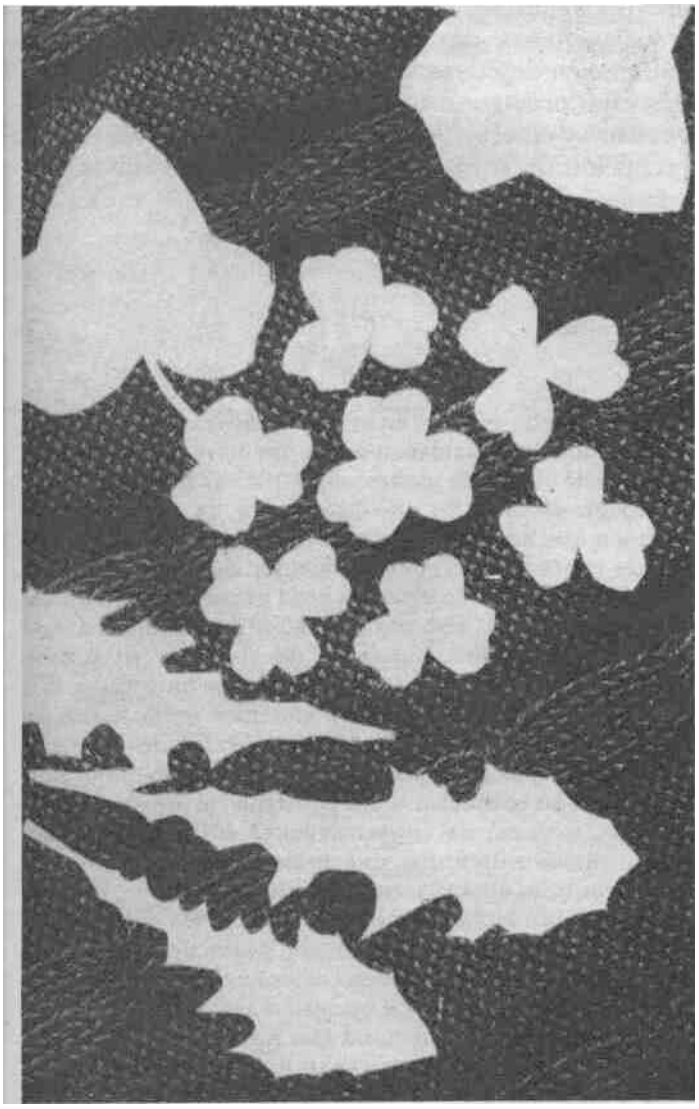
Sin embargo, más significativa que los cambios de identidad es la tendencia hacia el abandono de algunos de los rasgos con los que de forma tradicional se manifestaba la identidad étnica. Aspectos como la indumentaria tradicional que todavía hace unas cuantas décadas eran marcas de identidad, han dejado de ser utilizados. Lo mismo sucede, por ejemplo, con los apellidos, que en algunos casos han sido castellanizados traduciendo su significado, o bien, se presenta la adopción de apellidos españoles.

El caso de la lengua resulta dramático, pues se encuentra en un franco proceso de extinción. Al respecto, estratificando a la población mayo por edad, puede notarse como tendencia general lo siguiente: entre los individuos mayores de sesenta años, aunque en su mayoría son bilingües del mayo y del castellano, existen todavía quienes únicamente hablan el mayo; entre los treinta y los sesenta, son bilingües; entre los quince y los treinta son monolingües del español, aunque entienden el mayo. Finalmente, los menores de quince años, únicamente hablan español y, a lo sumo, conocen un conjunto muy reducido de palabras del mayo.

El desuso cada vez más generalizado de muchos de los símbolos tradicionales de la identidad mayo no significa necesariamente la desaparición de esta etnia. Significa, más bien, que tanto la cultura como el sistema de identidad se encuentran en un proceso de recomposición; este proceso es la consecuencia obligada de las rápidas y recientes transformaciones que han ocurrido en la región mayo. Con el desarrollo de la moderna agricultura capitalista han desaparecido las formas de trabajo y de cooperación basadas principalmente en el apoyo familiar y comunitario; se ha introducido una economía de mercado que ha dejado atrás los patrones de cultivo tradicionales. Ante esto, aun los mayos que poseen tierra como pequeños propietarios, comuneros o jornaleros —y que son minoría— se ven en la necesidad de adaptarse a las exigencias de las nuevas formas de cultivo; tienen que enfrentarse a las instituciones oficiales para obtener créditos y asesorías y conocer, además, las leyes y reglamentos que repercuten en sus actividades. Quienes no poseen tierra, se han tenido que integrar a relaciones de trabajo asalariado, como jornaleros o como empleados en el área de servicios. Todo esto significa, en consecuencia, que se han tenido que enfrentar, desde una posición desventajosa, a un sistema de valores en el que los rasgos étnicos mayos se encuentran en las escalas jerárquicas más bajas. Y este enfrentamiento ha provocado que, en la gran mayoría de los casos, los mayos internalicen la ideología de discriminación. La reacción ante esto es, como se señaló antes, no solamente la generación de procesos individuales de cambios de identidad, sino. fundamentalmente, el de una recomposición del sistema tradicional de valores y símbolos de la cultura y de la identidad mayo.

En este proceso de recomposición, lo que va quedando en desuso son los elementos que repercuten directamente y de forma negativa en las interacciones de los mayos con los yoris. Se trata, fundamentalmente de aspectos que son percibidos por los mismos mayos, o bien como reveladores de una identidad que tiende a ocultarse para evitar la discriminación —por ejemplo la indumentaria—, o bien, como rasgos que acentúan su carencia de aptitudes para manejarse en tales interacciones. Este último es el caso de la lengua. Así, en el sistema de valores que los mayos han internalizado, hablar el idioma tradicional es percibido como una evidencia de atraso y de incompetencia para desempeñarse correctamente en un sistema de interacciones controlado por quienes hablan "la castilla" —como denominan al idioma español—. En consecuencia, la lengua se ha convertido en uno de los puntos de referencia más importantes para establecer las diferencias que son percibidas como carencias ante los yoris. Así se explica que los padres de familia se nieguen, no solamente a enseñar la lengua mayo a sus hijos, sino a hablarla ellos mismos en el interior de sus hogares.

Pero en la recomposición del sistema de identidad mayo han permanecido con gran fuerza ciertos elementos que son los que actualmente la definen. Ya no se puede decir que ser mayo signifique hablar la lengua nativa, ni vestirse a la usanza tradicional.



En la actualidad, ser mayo significa, básicamente. estar inmerso y participar en un sistema de creencias religiosas. Éstas, por un lado, proporcionan no solamente asideros existenciales que además permiten pedir ayuda a fuerzas sobrenaturales para sobrevivir en situaciones que con mucha frecuencia son de extrema pobreza. También actúan para propiciar el desarrollo de una gran cantidad de mecanismos de ayuda mutua, con lo cual pueden solventar muchas carencias económicas. Por otro lado, y fundamentalmente, el sistema de creencias y prácticas religiosas se desarrolla en contextos donde los yoris aún no han logrado tener el control. Es aquí donde el sistema tradicional de gobierno y de cargos es todavía efectivo. En las diferentes prácticas religiosas, tanto las relacionadas con los ciclos de vida individuales, como las que se desarrollan de acuerdo con el calendario festivo anual, están presentes los símbolos y signos de la identidad mayo: el sistema religioso, la mitología, la música, la danza, la cocina y en fin. todo lo que un mayo percibe como propio; lo que se hace y lo que se siente; lo que se ve, se huele y se come; lo que se permite y lo que se prohíbe. El habla de la lengua mayo, incluso, permanece dentro del ritual.

Una consecuencia de lo anterior es que el criterio básico para definir actualmente la identidad mayo es la participación en el sistema de creencias y prácticas religiosas; una vez que se ha nacido en una familia mayo, asumir tal sistema como propio es el criterio de identidad fundamental.[6]

En las características de recomposición del sistema de identidad mayo está presente, como se señalaba antes, el problema de la definición del prestigio en un contexto donde predomina la competencia interétnica por los recursos disponibles. Su control por uno de los grupos en disputa no siempre implica únicamente la definición de las formas en que tales recursos son asignados y distribuidos, sino también de las características que los individuos deben poseer para lograr una asignación más favorable o ventajosa. Puede suceder así que la definición interna del prestigio, basada en el sistema de valores de la propia tradición, se vea alterada por el marco de relaciones en el que se establece la competencia regional. Las características sancionadas positivamente por quienes detentan el control de los recursos se convierten así en los puntos de referencia para la escala de valores a partir de la cual se juzgarán los elementos que conforman el sistema de identidad.

En el caso que nos ocupa, son los yoris quienes han logrado controlar los recursos y definir una escala de valores y de prestigio que ha sido internalizada por los mayos. Sin embargo, debe recordarse que esto solamente ha tenido repercusión en los símbolos, más visibles de la identidad mayo tradicional en las interacciones con los yoris. Los símbolos de identidad vinculados con el sistema de creencias y prácticas religiosas están fuera del ámbito de esas interacciones. Está aquí el resguardo de la identidad mayo y de su persistencia. La tendencia al cambio de identidad no es predominante precisamente porque la escala con la que se mide el prestigio no ha logrado penetrar en este sistema. Entre los mayos, en consecuencia, las personas que participan en el sistema de cargos asociados al sistema de prácticas y creencias religiosas gozan de gran reputación.

La persistencia de los yaquis y de los mayos como entidades diferenciadas étnica y culturalmente sigue vigente, aun cuando ambos han sufrido cambios que han afectado parte de sus sistemas tradicionales de valores. En el proceso de mantenerse distintos, han tenido que transformar su cultura y sus formas de organización social, de acuerdo con los cambios en los contextos regionales y nacionales en los que han

estado insertos. Muy poco queda ya de su cultura y de sus formas de organización social prehispánicas, e incluso, poco queda de las características que los definían a principios del presente siglo. La persistencia no significa, en consecuencia, la reproducción íntegra de todos los elementos de la cultura; tampoco significa que el sistema de identidad no se modifique. Las formas de percepción influyen tanto en las condiciones objetivas como en las formas de desarrollo de los yaquis y de los mayos. Sin embargo, tales condiciones objetivas han sido, a la vez, una fuente de la cual provienen cambios y transformaciones en la cultura y en el sistema de identidad, pues afectan la percepción de sí mismos y de los otros e inciden en la forma en que valoran sus diferencias étnicas y culturales.

Notas

1 Los yaquis y los mayos son los últimos sobrevivientes de casi una docena de sociedades indias cahitas ubicadas en el suroeste de Sonora y en el norte de Sinaloa, desde las faldas de la Sierra Madre Occidental hasta la costa. Se trata, entre otros, de los zuaques, ahomes, tehuecos, tepahues, sinaloas, ocoronis, yaquis y mayos. El genérico 'cahitas' para todas estas sociedades fue elaborado principalmente por Beals (1943) con criterios no sólo lingüísticos. Este investigador norteamericano desarrolla en las décadas de los treinta y los cuarenta algunas investigaciones comparativas con el objeto de señalar los límites históricos y contemporáneos del área cultural cahita. Su trabajo se basa en una extensa lista de indicadores etnográficos. A la vez, presenta y compara instituciones y costumbres tanto de las sociedades cahitas que habían desaparecido, como de las que hasta entonces existían: los yaquis y los mayos. En general, el resultado de su trabajo, más que la delimitación del "área cultural cahita", fue el mismo que los jesuitas del siglo XVII habían obtenido sin proponérselo en sus descripciones: la constatación de la similitud de estas sociedades. Ésta, en la actualidad, puede ser corroborada empíricamente entre los yaquis y los mayos, si se hace abstracción de algunas problemáticas y rasgos sociopolíticos particulares.

2 Debe aclararse que mientras que para los yaquis la categoría de *yoreme* sólo se aplica a ellos mismos y a los mayos, para estos últimos también puede aplicarse a los miembros de cualquier otro grupo indio. En este caso se refiere a los yoremes que no son ni yaquis ni mayos como "otros yoremes".

3 La adscripción por nacimiento está fuertemente reglamentada. Aunque se espera que el individuo nazca de padre y madre yaquis, es suficiente que el padre lo sea. Los yaquis no consideran como miembro de su grupo a quien sólo es hijo de madre yaqui ni a sus descendientes, salvo en el caso de que provengan de la unión con alguien que sea aceptado como yaqui.

4 Spicer (1971) proporciona elementos de gran relevancia para abordar la problemática de la persistencia cultural. Al caracterizar el sistema persistente de identidad, enfatiza, sobre todo, aspectos de carácter subjetivo, que dependen de las percepciones de los individuos. Los elementos que conforman los sistemas persistentes de identidad, son símbolos altamente valorados por sus miembros. Spicer explica tal valoración en tanto que aparecen en contextos que denomina "procesos de oposición", esto es, de enfrentamiento entre dos pueblos culturalmente distintos, uno de los cuales es dominante, pues controla alguna forma de aparato estatal. Este tipo de enfrentamientos tiene que ver con los intentos de asimilación o de exterminio por parte de la sociedad dominante y a veces pueden ocasionar formas de guerra abierta. Los procesos de oposición son así la base para que los referentes simbólicos que marcan las diferencias entre los pueblos en pugna sean fuertemente reforzados por ambas partes.

5 La población mayo de Sonora y Sinaloa oscila entre 70 000 y 120 000 individuos. Este rango tan grande se debe a la gran dificultad para estimar cantidades más exactas, dada la enorme dispersión territorial y la ausencia de criterios extralingüísticos confiables en un contexto en el que muchos mayos ya no hablan su lengua.

6 A diferencia de los yaquis, aquí no es importante, dada la ausencia de privilegios de la membresía, la linealidad paterna o materna de la ascendencia.

Bibliografía

BANTON, Michael, 1983, *Racial and Ethnic Competition,* Cambridge University Press.

BEALS, Ralph, 1943, "The Aboriginal Culture of the Cahita Indians", *Ibero-Americana,* University of California, Berkeley.

CRUMRINE, N. Ross, 1977, *The Mayo Indians of Sonora, México: A People who Refuse to Die,* University of Arizona Press, Tucson.

ELIOU, Marie, 1979, "Erosion et permanence de L'identité culturelle", *Cahiers Internationaux de Sociologie,* vol. LXVI, PUF, págs. 79-90.

FIGUEROA VALENZUELA, Alejandro, 1985, "Los que hablan fuerte, desarrollo de la sociedad yaqui", *Noroeste de México,* núm. 7, INAH/SEP, Hermosillo, Sonora, México.

FIGUEROA VALENZUELA, Alejandro, 1985, "Los indios de Sonora ante la modernización porfirista", *Historia General de Sonora,* tomo IV, capítulo III, Gobierno del estado de Sonora, Hermosillo.

FIGUEROA VALENZUELA, Alejandro, 1985, "La revolución mexicana y los indios de Sonora", *Historia General de Sonora,* tomo IV, capítulo IX, Gobierno del estado de Sonora, Hermosillo.

HOROWITZ, Donald L., 1975, "Ethnic Identity", en *Ethnicity: Theory and Experience,* Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan (comps.), Harvard University Press.

ISAACS, H. R., 1975, "Basic Group Identity: the Idols of the tribe", en *Ethnicity: Theory and Experience,* Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan (comps.), Harvard University Press.

PÉREZ DE RIVAS, Andrés, 1944, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes más fieras y bárbaras del nuevo orbe....* Editorial Layac, 3 tomos (1645), México.

PETERSON ROYCE, Anya, 1982, *Ethnic Identity,* Indiana University Press, Bloomington.

SPICER, Edward, 1971, "Persistent Identity Systems", *Science,* 4011, págs. 795-800.